

Reflexiones

Por Partiquino



Alc 28, 1979

El desencanto de Brando

■ Marlon Brando tiene 55 años de edad. El joven que hace treinta años emergió en las pantallas de cine del mundo interpretando a Stanley Kowalsky en "Un Tranvía llamado Deseo", ya está en condiciones de darse algunos lujos. Uno de ellos es hacer películas cuando él quiere; el otro es ser propietario de una isla cerca de Tahiti, donde vive la mayor parte del año; y un tercero, es preocuparse de las cosas que a él le interesan y, entre ellas, un lugar prioritario lo detentan los indios norteamericanos, de cuya causa Brando se ha convertido en su más destacado vocero.

No importa qué le pregunten los reporteros que lo asedian con preguntas frívolas, pues el actor se las arreglará para terminar hablando de los indios. Sin embargo, el desinterés que la prensa muestra por su tema favorito y la preferencia que en cambio da a la chismografía cinematográfica, ha terminado por convertir a Brando en un escéptico. En una reciente entrevista concedida a "Playboy", Marlon Brando ha dicho con indisimulado desencanto:

"Nadie quiere pensar en los problemas sociales ni en la justicia social. Esos temas a la gente les importan un bledo. Pregúntele a cualquier estudiante de colegio sobre lo que fue Auschwitz o sobre cómo los indios americanos fueron exterminados y verán que no saben nada sobre el particular. No quieren saber. A la mayoría de las personas lo único que les interesa es beber su cerveza, ver su televisión y arrullarse para dormir bien".

Son estas las palabras de un hombre que viene de vuelta en la vida, que ha aprendido lo suficiente para saber que la naturaleza humana es egoísta, que cada uno busca su propia tranquilidad y le tiene sin cuidado lo que pasó alguna vez —y que podría repetirse y afectarle— o lo que le suceda al vecino.

No obstante —reflexionamos nosō-

tos— es el propio egoísmo el que debiera llevar a la gente a preocuparse. Al egoísmo debiera apelarse y no a la solidaridad para interesar a los hombres en las experiencias históricas que no deben repetirse.

En uno de los artículos que don Jacinto Benavente solía publicar en "El Imparcial", de Madrid, alguna vez escribió:

"No es lo malo que seamos egoístas, sino que lo somos malamente. Los grandes bienhechores de la humanidad han sido los grandes egoístas. Querían un mundo mejor para vivir mejor ellos".

Y más adelante agregaba don Jacinto:

"El único egoísmo aceptable es el de procurar que todos estén bien para estar uno mejor".

Esa gente a la que se refería Marlon Brando, que sólo está interesada en su propio bien pasar, sin preocuparse de lo que le suceda al resto, son egoístas de poco vuelo. Con su desinterés por lo que sucede a su alrededor, amagan su propia seguridad futura, permiten que sucedan hechos que tarde o temprano les afectarán e, ignorando la lección que entrega la historia abren el camino para que ella se repita.

Cada vez que una minoría es violentada por razones de cualquiera especie —como lo fueron los indios norteamericanos y los judíos en Alemania— cada uno de nosotros, no siendo ni indio ni judío, está amenazado. Mañana le puede tocar a la minoría a que pertenecemos y todos, quien más quien menos, formamos parte de una minoría.

El desencanto que exhibe Marlon Brando por el poco interés que los periodistas muestran por su tema favorito es justificado, pero es necesario superarlo.

No en nombre de la generosidad, sino del egoísmo.